

## LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL, HOY<sup>1</sup>

### Aproximaciones

Querría comenzar subrayando algunas nociones que me parecen apropiadas para introducir mis reflexiones posteriores.

### *La dimensión sacramental*

Desde el inicio pretendo situarme en el corazón de la realidad sacramental. Lo que se juega en la dirección espiritual concierne a las dos personas entre las que se juega a la vez una relación mutua, que se abren una a la otra, que se escuchan entre ellas y se aportan algo cada una; pero, a través de esa relación humana simple, limitada, a través de ese hecho, de ese “signo” material, y, simultáneamente con él, pasa otra cosa: esto es un acontecimiento divino. Esa relación humana es signo de otra cosa; esas personas, de alguna manera especial, se han vuelto capaces de obrar por Jesús y por el Reino, de obrar por el Espíritu.

Ya los antiguos Padres decían del padre espiritual que es el “pneumatóforo”, el portador del Espíritu. Eso está presupuesto siempre: es el Espíritu el que debe transmitir y sin embargo la transmisión no se efectúa si se deja de tener en cuenta la relación humana como tal, ese lazo que se establece entre dos personas. De ningún modo se podría decir: “Esto procede únicamente de la relación humana”, ni “Esto es una pura intervención del Espíritu Santo”. Esos dos elementos siempre están imbricados uno en el otro.

Hay una iniciativa divina y yo creo en esa iniciativa. Nosotros nos remitimos de una manera u otra a esa acción divina y ella, en ciertos aspectos, escapa a nuestras miradas así como también se escapa a todo lo que nosotros podemos decir de ella, no obstante está siempre muy íntimamente ligada a ese discurso. Dice un proverbio: “Dios escribe derecho en líneas torcidas”. Podemos tratar de enderezar un poco las líneas, pero Dios sigue siendo capaz de escribir derecho en nuestras líneas ondulantes.

La paradoja según la cual todo viene de Dios y todo viene del hombre también se encuentra claramente expresada en la regla benedictina. San Benito ha retomado, simplemente, la palabra evangélica: “Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha” (*Lc* 10,16; *RB* 5,6. 15); dice que el abad ocupa el lugar de Cristo y también que lleva el nombre de Cristo. Ese nombre es Abba, Padre (*RB* 2,2-3).

Hubo un tiempo en la tradición cristiana en que Cristo era llamado por ese nombre de *Abbas*. Rápidamente la tradición monástica hizo uso de ese término que es de origen arameo, lo que prueba que se remonta a las comunidades más antiguas. En el Evangelio, Jesús recomienda que a nadie se le dé el nombre de Padre (*Mt* 23,9) pero muy pronto y muy generalmente se lo ha empleado. Parece que tenemos en esto una enseñanza teológica fundamental para nuestra fe cristiana: se ejerce una función maternal o paternal si se transmite una vida. Esto es realmente paradójico. La solución de la paradoja no se descubre sino en la línea de la realidad sacramental. Dios emplea a los hombres, o para retomar el título de un filme célebre, “Dios necesita a los

---

<sup>1</sup> De *Vie consacrée*, año 52, n° 6 -15 nov. 1980-; año 53, n° 1 -15 enero 1981. Estas páginas son la traducción de una conferencia dada en holandés a los maestros y maestras de novicios OSB y OCSO, en Zundert (Países Bajos). Esto explica el estilo hablado. Tradujo: Rosa Andrili (Santa Fé, Argentina).

hombres”. Nadie puede arrogarse el nombre de Padre: “No os hagáis llamar Padre”, dice Jesús, y, sin embargo, han podido darse momentos en la experiencia cristiana en que alguien tiene el derecho de aplicar este nombre a otro.

¿Cómo abrimos a la acción divina? ¿Cómo prepararnos para esa transmisión de vida que debe cumplirse por las vías humanas? Ella puede darse sin que pensemos y aun sin que hablemos o escribamos a su respecto. En el fondo no es necesario que se hable: ser padre y transmitir la vida es un acto ligado a nuestra condición humana con un lazo de tal modo esencial e íntimo que nadie puede escaparle. Permanezcamos pues atentos a este hecho de que todo sucede a nivel del “sacramento”, de la acción divina y de una disposición humana que tiene valor de signo. En ningún punto de esa relación podemos decir: “Esto es de Dios, esto es del hombre”.

### ***La cualidad de la relación***

Mi segunda observación es correlativa de la primera: lo más importante en la paternidad espiritual es la calidad de la relación humana (empleo indistintamente las expresiones “paternidad espiritual” y “dirección espiritual” no sin advertir que los términos “padre” y “padre espiritual” pueden y deben despertar cierta resistencia).

La dirección espiritual puede ser, de suyo es, una de las formas más altas de la relación humana. Ya Platón la trató y según Kierkegaard el padre espiritual es más que un amigo; Dante, hablando de Virgilio –su guía espiritual– dice que es para él “más que un padre”. El viejo término céltico que designa al guía espiritual, *ananchara*, significa “padre de mi alma” y el lenguaje budista emplea la expresión “el bello amigo”. Se puede recordar también aquí la palabra griega que designa al monje como *kaloiros*, el “bello anciano”, término que lleva las connotaciones de sabiduría y calidez.

Todo lo dicho muestra bien que lo importante en la dirección espiritual no pertenece al orden de la cantidad (por ejemplo a la frecuencia de los contactos, al número de cartas o entrevistas) sino al orden de la calidad. En esta relación es necesario que algo esté en juego, se desarrolle, sobrevenga.

Quisiera encadenar una tercera observación. La vocación concreta de una muchacha o un muchacho a menudo está muy estrechamente ligada a una relación de este tipo. La vocación, especialmente la vocación monástica, coincide muy a menudo con las posibilidades concretas de amistad que existen entre dos personas o en el interior de una comunidad determinada. El maestro de novicios (y eventualmente también el abad) entra en el marco de la vocación de esta joven o este joven. No hay vocación sin esa relación concreta. A veces se escucha la siguiente reflexión a quienes tienen dificultad al finalizar el noviciado; “por supuesto que quisiera ser monje.... La vida monástica me dice verdaderamente algo, pero no con este maestro de novicios, no con este abad, no con esta comunidad”. De hecho, este planteo no tiene sentido. Una vocación concreta se desenvuelve a lo largo de una relación humana concreta. Allí donde falla la base humana elemental de esa relación, falla también, en la mayoría de los casos, la vocación misma. De ahí la excepcional importancia de la relación que vamos a entablar con el o la novicia; en esta relación, en efecto, se encuentra dada la materia en el corazón de la cual Dios llevará a cabo su acción y realizará su obra juntamente con nosotros.

Esto no quiere decir que la dirección o paternidad espiritual deban recurrir necesariamente a la mediación concreta de un maestro de novicios. La paternidad escapa a toda planificación; está siempre dada, pero la posibilidad de ese “estar dada” debe existir en una u otra forma en la comunidad a la que el novicio se dirige.

### ***Despertar. Transmitir la vida***

Es este el lugar para subrayar cuánto importa la transparencia. Es necesario que el maestro de novicios sea transparente. Lo que se transmite en la relación espiritual es una vida. Quisiera insistir mucho en esto y volveré a menudo sobre este tema. Se trata de una vida transmitida por la calidad de la persona. Esta calidad despierta la calidad en el otro: la vida despierta a la vida. El director o el padre lo es por lo que él es, no por lo que sabe, menos aún por lo que puede decir. Lo es por lo que puede transmitir en el sentido más fuerte del término y esa cualidad de su ser resplandece sin que lo sepa y sin que deban intervenir las palabras.

Un apotegma de la tradición judaica de los *Hassidim* hace decir a un discípulo que a él le basta ver cómo su maestro ata su sandalia: ¡el mensaje está entregado! El director es más que un maestro, es la enseñanza misma, es el mensaje.

### ***El discípulo nace al maestro***

Hasta acá se ha tratado acerca del maestro. Veamos ahora al discípulo o al hijo. Ciertamente lo esencial ha sido dicho con respecto al padre, pero falta agregar que es el hijo quien hace al padre, el discípulo quien hace al maestro, y no a la inversa. Es menester por parte del hijo una cierta disponibilidad, una apertura que permita al padre ser él mismo, que llegue a despertarlo como maestro. Hagamos memoria de este apotegma: –“¿Por qué los monjes de hoy no tienen más palabras? –Porque los hijos no saben escuchar más”. La apertura del hijo al mensaje del padre es condición indispensable. Una especie de apotegma hindú declara: “Cuando el discípulo está preparado, el maestro aparece”. Y otro dice: “El maestro encuentra al discípulo”. Nosotros diríamos: “Buscad y seréis encontrados”. Esta seguridad proviene ante todo de la palabra de Dios, en la seguridad espiritual de que Dios no nos deja jamás. Si alguien se abre en la fe y la esperanza a la maravilla vivificante de la paternidad, nosotros sabemos que Dios no lo defraudará en su espera. Dios hará incluso grandes cosas para realizar su paternidad por las mediaciones humanas.

Esto se verifica ya en el plano humano. En este nivel existe una correlación, una reciprocidad muy sutil entre el discípulo y el maestro. El psicólogo Jung ha publicado sobre este punto un análisis muy avanzado. Dice que cada uno de nosotros tiene un “maestro interior”, pero que también posee en su psiquismo un “discípulo interior”. Es el maestro interior del discípulo quien despierta al maestro de la acción exterior. Nosotros, los maestros exteriores, somos investidos de nuestra tarea por el maestro interior del discípulo, pero es necesario que el discípulo deje surgir en él ese maestro interior. Lo que el discípulo espera del maestro ya lo lleva él en sí mismo, inconscientemente; es su propio misterio muy profundo que espera ser develado por otro. Adivina esa capacidad, la presente en aquel a quien elige como guía: es su profundidad más secreta, es lo mejor de sí mismo. Por esa razón está destinado a tener siempre tal maestro y no cualquier otro. Lo que el maestro dirá finalmente –aun sin expresarlo–, eso que hará experimentar, que hará aflorar en su espíritu, brota, en realidad, del corazón mismo del discípulo. Desde ese momento las palabras del maestro no tienen importancia por su contenido, sino que lo que importa es el “maestro interior” que será despertado en el corazón del discípulo por las palabras del maestro, ese maestro interior por el que su ser más profundo recibe vida y forma.

He ahí un fundamento puramente psicológico, pero en el que ya presentimos cierto lazo con el “maestro interior” del que san Agustín habla sin cansarse: el Espíritu Santo presente en nosotros. La originalidad maravillosa de esta relación entre el guía y el discípulo despierta a la vida la originalidad maravillosa que es propia del discípulo.

### ***Mi faena es mi debilidad o el médico herido***

Llego así a mi última observación preliminar. Es indispensable –corresponde de suyo– que el maestro se encuentre en contacto muy íntimo con la zona más profunda de su ser, con esa vida que debe transmitir, con su propia experiencia más secreta. Debe estar en contacto con Jesús y con el Espíritu.

Al insistir en lo dicho más arriba no quiero exhortaros a una mayor generosidad. Se trata de otra cosa. A lo que quiero llamaros es a una convicción más viva de la realidad de ese contacto con lo más profundo de nosotros mismos. Considero que a menudo no creemos suficientemente en nuestra propia experiencia de fe, nos inclinamos a subestimarla aun cuando ella es mucho más profunda de lo que la imaginamos; tenemos temor de creer en un Dios que surge de nuestra debilidad, que está presente en nuestra infidelidad, en nuestra impotencia más radical y aun en nuestro pecado. Sabemos bien –en abstracto– que la primera experiencia de Dios sigue las vías del pecado y del arrepentimiento, que no son otras las vías sino éstas, y sin embargo, ¡qué difícil nos resulta darnos cuenta de ello! Somos muy desdichados de no ser los justos y no bastante felices de ser los pecadores, y de ahí proviene esa dificultad que experimentamos a veces para llevar a cabo nuestra tarea. Y sin embargo, ¡Jesús no viene sino para los pecadores –aun cuando ellos sean maestros de novicios–! ¡No viene para los justos –aun cuando ellos sean, también, maestros de novicios–!

La primera experiencia de Dios que hemos de transmitir a través de la debilidad y del pecado es muy probable que deba pasar por la debilidad y el pecado de un determinado novicio. Es por esto que nosotros, los primeros, debemos reencontrar a Dios en nuestra propia debilidad. Es posible que no creamos lo suficiente en este “revés” de Dios, en el Dios de la tiniebla, en el Dios aprehendido en la fe. “Al cual –dice san Pablo– nosotros anunciamos amonestando e instruyendo a todos los hombres con toda sabiduría, a fin de presentarlos a todos perfectos en Cristo. Por esto precisamente me afano, luchando con la fuerza de Cristo que actúa poderosamente en mí. (Col 1,28-29). El que mejor cura es el médico herido<sup>2</sup>.

Hace algún tiempo participé en el monasterio de los trapenses de Vina, en California, en un simposio sobre la dirección espiritual que congregaba a los abades y a los maestros de novicios de Estados Unidos y de Canadá; también participaban algunos estudiantes<sup>3</sup>. Al finalizar el simposio, uno de ellos pidió la palabra y *dijo* con insistencia: “Tened fe, os lo ruego, en la fuerza que está en el corazón de la dirección espiritual. Yo os conjuro. ¡Credlo! ¡Nosotros encontramos muchos padres, muchos religiosos que dudan de ellos mismos!”.

### **Paternalidad y maternidad en san Pablo**

La paternidad está ligada a la vida, y quien dice vida dice también concepción, nacimiento, venida al mundo, padre, madre, crecimiento, desarrollo, crisis, pasaje por varios umbrales, lento decrecimiento, “mortificatio”, muerte, resurrección, renacimiento. Estas nociones nos son extremadamente familiares y podríamos encontrarlas banales, pero todas tienen que ver con la vida. Sí, la vida es algo... ¡Viviente! Se mueve, crece, se despliega. La vida inmovilizada no es más una vida.

---

<sup>2</sup> Se escucha decir por una parte: “Superar es sanar”, y por otra: “Es necesario aprender a vivir con sus heridas”. De allí que el hecho de superar el mal no significa necesariamente la curación, sino más bien aprender a vivir de tal manera que las heridas no tengan ya efecto paralizante sino que devengan posibilidades de progreso. Es mi convicción más fuerte: si el golpe es dado, es únicamente para sacar de él una maravilla (N. d. trad.: el autor juega acá con dos palabras holandesas *wonde* [herida] y *wonder* [maravilla]). La herida no es permitida por Dios más que para convertirla en una maravilla de su gracia. Por esas heridas, ese hombre adquirirá un cierto sentido de las cosas de Dios que no habría poseído sin ellas con la misma claridad. Sí, estoy convencido, las heridas no tienen otro sentido que ese. San Pablo ha dicho: “Dios encerró a todos los hombres en la rebeldía para usar con todos ellos de misericordia” (Rm 11,32). He ahí de lo que se trata y esto es muy fuerte. Dios no ha querido el pecado sino que lo ha permitido a fin de que la maravilla de la salvación pueda realizarse.

<sup>3</sup> Cfr. B. PENNINGTON, OCSO: “Paternalité (maternité) spirituelle dans le christianisme”, *Vie consacrée*, 1979, 175-182.

San Pablo conocía los “pequeñuelos”: aquellos que no soportan todavía el alimento sólido, que todavía tienen necesidad de leche. “Yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche y no alimento sólido, pues todavía no lo podáis soportar. Ni aun lo soportáis al presente” (1 Co 3,1-2).

Tal vez sea en el campo de la oración en el que san Pablo haya hecho la experiencia más viva de su paternidad. Tenemos varias de sus oraciones para sus comunidades de creyentes. Testimonian su deseo de verlas crecer poco a poco: ¿no es eso lo que un padre desea para sus hijos?

*Ef 3,14-19*: “Por eso doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra, para que os conceda, según la riqueza de su gloria, que seáis fortalecidos por la acción de su Espíritu en el hombre interior, que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total Plenitud de Dios”.

*Flp 1,9-11*: “Y lo que pido en mi oración es que vuestro amor siga creciendo cada vez más en conocimiento perfecto y todo discernimiento, con que podáis aquilatar lo mejor para ser puros y sin tacha para el Día de Cristo, llenos de los frutos de justicia que vienen por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.”

*Col 1,9-12*: “Por eso, tampoco nosotros dejamos de rogar por vosotros desde el día que lo oímos, y de pedir que lleguéis al pleno conocimiento de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que viváis de una manera digna del Señor, agradándole en todo, fructificando en toda obra buena y creciendo en el conocimiento de Dios; confortados con toda fortaleza por el poder de su gloria, para toda constancia en el sufrimiento y paciencia; dando con alegría gracias al Padre que os ha hecho aptos para participar en la herencia de los santos en la luz.”

Pero he aquí un hecho más destacable aún: en ciertos pasajes san Pablo emplea las palabras “padre” y “madre”.

*1 Co 4,14-16*: “No os escribo estas cosas para avergonzaros, sino más bien para amonestaros como a hijos míos queridos. Pues aunque hayáis tenido diez mil pedagogos en Cristo, no habéis tenido muchos padres. He sido yo quien, por el Evangelio, os engendré en Cristo Jesús. Os ruego, pues, que seáis mis imitadores”.

Este texto es importante. En él, Pablo afirma que no es el pedagogo (o sea el esclavo encargado especialmente de la educación del niño o la aya) sino que es el padre, y el padre en Cristo. Ha asumido la tarea paternal: ha llamado a la vida por el Evangelio. Se trata de una paternidad instrumental, o, si se quiere, sacramental. La simiente de la paternidad de Pablo es la Palabra de Dios, la Buena Nueva. Esta imagen se vuelve a encontrar, por otra parte, en el Nuevo Testamento. Nos llamamos “engendrados a la vida por la Palabra de Dios”. La Palabra de Dios es la fuente de nuestro renacer, de la nueva creatura que se forma en nosotros. La fuerza no reside pues en la persona de Pablo sino en la Palabra y por esa razón puede obrar. Precisamente en este pasaje está reprendiendo a los corintios con mucha severidad. Su tema es: “Imitadme”. Es una idea que vuelve a menudo a su pluma. Ahora bien, a esta idea se asocia, a la vez, el papel del padre. El padre es aquel que camina adelante, que precede, que da el ejemplo.

En *Ga 4,19* aparece la imagen de la madre: “¡hijos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros.” Los Gálatas lo han desilusionado por su conducta y Pablo sufre por esa decepción; siente que debe actuar y le cuesta hacerlo. El sufrimiento que experimenta recuerda el dolor de un parto. Acá el apóstol se identifica con la

madre o más bien, con la matriz. Su acción es maternal. Sufrir para hacer que llegue Cristo al mundo en sus oyentes.

En un último texto paulino, en *1 Ts 2,7* las dos imágenes se entrecruzan. Se lee en el versículo 7: “nos mostrarnos amables con vosotros, como una madre cuida con cariño de sus hijos”, y el versículo 11 pasa a la imagen paternal: “Como un padre a sus hijos, lo sabéis bien, a cada uno de vosotros os exhortábamos y alentábamos, conjurándoos a que vivieseis de una manera digna de Dios, que os ha llamado a su Reino y gloria.” Encontramos acá, en sus trazos más característicos, la descripción del papel del padre: expresa la palabra, transmite la enseñanza, estimula, reprende, castiga. Pablo es dulce, bueno, cariñoso como una madre, pero también es estimulante y provocador como un padre.

Preguntémonos pues cuál es el sentido de esa doble imagen del padre y de la madre. ¿Qué nos puede enseñar hoy, para nuestra actitud concreta? ¿Qué consejo recibimos: el de ser padre o el de ser madre? En la vida espiritual ¿se es padre o se es madre? El público a que me dirijo está constituido por varones y mujeres. ¿Puede un padre espiritual obrar a veces como una madre y es necesario esperar de una madre espiritual que obre, a veces, a la manera de un padre? Y todavía otra pregunta: ¿cuáles son nuestras concretas posibilidades en este campo? Hay hombres que han desarrollado sus virtualidades maternas y mujeres que han desarrollado posibilidades paternas. ¿Cómo podemos ser ayudados en este punto?

Tal vez sea necesario recordar, en primer lugar, situándonos en el nivel más propiamente teológico, que es imposible expresar con un signo único lo que Dios es para el hombre. El amor de Dios no puede ser descrito ni con la sola imagen del hombre ni con la sola imagen de la mujer. Las dos son necesarias para que la imagen de Dios sea completa, y así vemos que la Biblia emplea las dos. El es la fuente de todo ser, de toda personalidad. Es la suprema riqueza de ser, de amor y de fecundidad de la que el hombre (el padre de la tierra) y la mujer (la madre de acá abajo) no ofrecen sino imágenes derivadas y complementarias. El amor de Dios, despertador de vida y educador, es tan inmenso, tan rico en matices y en contrastes que si acá abajo se le quiere encontrar un signo y un sacramento, es necesario recurrir a los dos sexos que se unen en el amor para hacer nacer y crecer un ser humano. En Dios se unen la “misericordia” y la “verdad”, la ternura (*hesed*) y la firmeza (*emet*).

El director espiritual lleva la impronta de esa cualidad soberana que es a la vez la del padre y de la madre, cargada, por supuesto de las tensiones y de las aleaciones inevitables propias de los seres limitados que somos.

### **Intención de la paternidad espiritual**

La intención de la paternidad espiritual es posibilitar un surgimiento, una venida al mundo: lo que viene al mundo es “la nueva creatura en el Espíritu Santo”. Se trata de hacer surgir la vida del Espíritu en nosotros, es el pasaje lento y progresivo hacia el hombre nuevo. Al decir esto utilizo términos del vocabulario del cristianismo y más especialmente de la teología.

La aproximación no cristiana y la psicología contemporánea conocen una realidad análoga: ellas también tratan de una realidad más profunda en nuestro interior, de un pasaje de la superficie a la profundidad o de un pasaje del pequeño yo al gran Yo. La psicología de Jung trata de la integración de todo el inconsciente en lo consciente. Enfrentado a esa riqueza, la purifico, la ordeno, la asumo en mí mismo, la vuelvo utilizable. La psicología moderna también reconoce en el hombre una tendencia muy profunda a renacer: en una vida que se desenvuelve, crece, se libera sin cesar en una realidad nueva y más profunda, como sucede con el árbol que cada año produce nuevas flores y nuevos frutos. Es el índice de una vida verdaderamente “viviente”, de una vida que no se ha detenido, es la eclosión de una realidad nueva que debe integrarse en mi obrar y en mi amor.

Ya lo he dicho: no podemos nunca, en un momento dado, establecer la siguiente distinción neta: “Esto es el Espíritu Santo, esto no es más que un dato puramente psicológico”. Ese surgimiento del hombre nuevo, de la vida del Espíritu en mí, está tejido en mi realidad psicológica<sup>4</sup>, solidario tanto de las fases luminosas como de las fases oscuras de mi ser, ligado a la manera con que será acogido e integrado este hombre nuevo que, poco a poco se hace disponible y flexible. Me es dado el surgir, el obrar, el amar en hombre nuevo.

Esto es lo que está en juego en la paternidad espiritual: ella acompaña ese proceso que muy bien podríamos definir como un descubrimiento de su propia interioridad por parte del hombre, de su ser profundo. Es el afloramiento de una corriente submarina, el despertar de una sensibilidad hacia los valores espirituales y esa sensibilidad es nueva; el hombre antiguo no la poseía. El corazón se despierta y deviene el órgano de esa sensibilidad espiritual. Me atrevería a hablar de una zambullida en la realidad espiritual, de una inmersión en nuestra propia profundidad que nos hace finalmente tocar nuestra realidad interior más secreta y es por eso que este descubrimiento reclama una cierta estabilidad, un reposo, una inactividad. No debemos desgastarnos para obtener un resultado. Se trata de escuchar, de permanecer abierto, y, hasta cierto punto, de abandonarse. Si nos tiramos al agua hay dos opciones: o bien lanzarse a nadar y tomarse el trabajo de avanzar, o bien dejarse ir a pique. La segunda actitud evoca ese abandono a la realidad profunda que nos habita, esa inmersión al fondo de nosotros mismos donde surgen Cristo y el Espíritu.

Este proceso siempre se realiza por la mediación de una realidad concreta, sacramental, que difiere según los dones y la gracia de cada uno. Lo importante es alcanzar la profundidad última, el Espíritu que habita en nosotros.

Una de estas mediaciones puede ser la palabra de Dios recibida en el silencio, en el reposo interior, (*quies, hesychia*) o también la evocación del nombre de Jesús, la “oración de Jesús”, o, para el cenobita la vía muy concreta de la obediencia concebida como una renuncia sistemática a todos los deseos: la mano se detiene y se deja caer. La relación humana, el amor, es también otra forma de mediación. Cada una de estas vías nos conduce al límite de nosotros mismos, límite profundo y completamente interior, donde se trata de renunciar a nosotros mismos para dar paso a una realidad más oculta. Esta realidad profunda no está a nuestro alcance, no tenemos cómo apoderarnos de ella, sólo podemos permanecer esperando, al acecho, la mirada alerta en el fondo de nosotros mismos. Realidad que no se deja aprehender con un simple gesto; nos sobreviene del interior, y, a decir verdad, está dada desde el inicio pero es necesario que se nos revele y devenga consciente; para que esto acontezca queda un camino por recorrer, una puerta por abrir, una piedra por levantar para que pueda aflorar la fuente oculta.

He ahí lo que constituye el objetivo de la paternidad espiritual. Asegurar la dirección espiritual es caminar con otro por esa vía y enseñarle, poco a poco, cuáles son los pasos que hay que dar y cuáles los que se han de evitar.

Es una vía que lleva a “nacer plenamente” para retomar una expresión de Thomas Merton en una de sus últimas obras, en la que se inspira largamente un psiquiatra persa y que tituló: “La integración final para una terapéutica monástica”. Allí declara: “El hombre que ha nacido plenamente vive de una experiencia enteramente interior”. Describe esa integración final como una especie de madurez, de sabiduría profunda. El hombre se siente vivir plena e integralmente a partir de una fuente interior y esa experiencia es mucho más universal que el *ego* empírico, exterior: concierne al yo más profundo. Y puesto que ese hombre ha tocado su fondo más secreto, en un cierto sentido es cósmico, se ha vuelto “hombre universal”. Ha alcanzado una identidad más profunda y más plena que la de su *ego*, que no es sino un fragmento de su vida. En algún sentido está identificado con todos los hombres.

---

<sup>4</sup> Cfr. A. de JAER, SJ, “Vie psychique et vie spirituelle”, *Vie consacrée*, 1977, 105-107.

Quisiera insistir sobre esta espontaneidad plena e interior como signo de libertad en el Espíritu, sobre este obrar espontáneo y animado de amor que procede de las profundidades últimas del ser. La lengua francesa posee una bella expresión que podemos aplicar a esta realidad y que dice: “Cela coule de source”<sup>5</sup>. Uno puede hacer grandes esfuerzos para alcanzar la humildad o se puede ser verdaderamente humilde, entonces, “cela coule de source”.

El director espiritual debe estar atento a esta realidad, cuidadoso en descubrir la huella de la creatura nueva, de la vida en el Espíritu, del amor profundo que poco a poco devendrá el principio natural del obrar y hará que se abandone un Dios que es, por otra parte, un ídolo, ese falso Dios emboscado en el fondo de mi ser como una proyección de mis propias necesidades y de mis propias angustias. Ese “ídolo” no es todavía el verdadero Dios que me salva, que me acoge con mis pecados, que me recibe, perdona, cura y recrea, ese Dios que es el salvador del mundo. Ese Dios no ha venido para los que son justos, según las normas paganas o judías, ni para los superhombres según las normas modernas: es el Dios que vino para el pecador (cf. Mt 9,13).

### **Dos ídolos de la dirección espiritual**

Quisiera vincular lo que he expuesto en la primera parte de este artículo, con ciertos aspectos más concretos de nuestra experiencia cotidiana del diálogo y de la dirección espiritual. Expresamente hablaré de dos ídolos típicos que a menudo encuentro; sin duda la experiencia de mis lectores se unirá a la mía.

El primero de esos ídolos es el Dios que no es aún “el maestro interior”, sino “el gendarme interior”. Juega un papel muy grande en la vida de la mayoría de nosotros.

El segundo ídolo que a menudo tenemos que combatir en la dirección espiritual es un Dios que, todavía, no es sino el reflejo de nuestra propia imagen.

#### ***El “gendarme interior”***

Creo que es muy importante poder desenmascarar a este gendarme interior. Quiero hablar de una realidad psicológica sobre la cual no me extenderé porque no es este el lugar para hacerlo y también porque no me siento competente en la materia. Recordaré, simplemente, lo que tenemos ya, sin duda, experimentado en el diálogo espiritual.

En el otro que se encuentra frente a mí y en mí mismo se realiza una especie de cristalización inconsciente de todos los rastros que ha dejado el ejercicio de la autoridad sobre mí. Son los ecos de las órdenes que he recibido en otro tiempo, de castigos que me impusieron, de culpabilidades con que me acusaron. Estos elementos están conectados con la imagen de mi padre, pero también con la de numerosas personas que han tomado para mí el lugar de mi padre. Todo lo que en mi vida me habla de virtud, de corrección exterior, es a menudo –y de todos modos en la práctica–, controlado de manera inconsciente por esa instancia por ese gendarme interior. Prohíbe, impide, frustra, amenaza, angustia, castiga, abofetea, despierta sentimientos de culpabilidad o de vergüenza. Y puedo suponer como una realidad muy concreta que el hombre que me habla también lucha con ese gendarme interior.

El riesgo de la relación que preside la dirección espiritual es que, en un momento dado, y sin saberlo, el director espiritual haga intervenir a ese gendarme interior en lugar de despertar al maestro interior y, muy en el fondo, detrás de la realidad psicológica que éste representa, a la

---

<sup>5</sup> En castellano equivaldría a decir: “Mana de su propia fuente” (N. del T.).

conducción del Espíritu Santo que es la fuente misma de la libertad profunda del discípulo. En el corazón de ese hombre se libra un duelo entre su gendarme interior, destructor de vida, y su maestro interior, que es finalmente el Espíritu Santo, dador de vida y fuente de libertad profunda. Si el director espiritual llega a identificarse con el gendarme interior que trabaja en el corazón de aquel al que quiere ayudar, su acción no puede ser liberadora y por el contrario será paralizante. No podrá transmitir vida aun cuando intentará dar la libertad diciendo: “¡Bravo: esto está bien!”, “¡Esto no es malo!”. Con tales palabras se identifica con el gendarme interior y no podrá dar la verdadera libertad puesto que no cesa de moralizar: “Esto está permitido... esto está prohibido... haz esto... ¡no hagas aquello!”.

Tomemos un caso particularmente agudo que cualquiera de nosotros encuentra más tarde o más temprano: el del escrupuloso. El escrupuloso típico es un hombre que se encuentra totalmente sometido a la presión de su gendarme interior. Es un caso patente en el que el gendarme interior es tan poderoso que paraliza totalmente al sujeto repitiéndole sin darle tregua: “Eres culpable... no puedes hacer eso... debes hacer esto o aquello”. Tengo la convicción de que es imposible ayudar de verdad a un escrupuloso tratando de adormecer sus escrúpulos y repitiéndole: “No has querido hacer eso con plena libertad... no es un pecado... no eras totalmente libre”. Hablando así me coloco en el lugar del gendarme interior; no hago sino relevarlo. Mientras me identifique con él y no con la fuente de libertad presente en ese hombre, en su corazón, no puedo ayudarlo. Sin duda que en vez de condenarlo he echado mano a un lenguaje de libertad, pero el efecto es de corta duración. En cualquier momento, cuando esté ausente o se me hayan acabado las palabras, el otro resurgirá. El reposo que yo le había dado terminará, el verdugo interior pronto volverá a echársele encima y todo recomenzará. ¿Qué hacer en casos así?

Me voy a expresar de una manera que podrá parecer brutal: ¡es menester torcerle el cuello! Es la única manera de ayudar verdaderamente. ¿Qué supone esto? El caso del escrupuloso es un caso agudo, pero la situación, en sus trazos esenciales, se presenta muy a menudo en la vida monástica.

Supone, en primer lugar, que se conozca el arte de “ganar las almas” (*aptus sit ad lucrandas animas*, RB 58,6): la relación entre el director y el sujeto está de tal manera cargada de afectividad y de confianza que ella triunfa finalmente sobre la acción del gendarme interior que en sí mismo es el término de uno de los lazos afectivos más fuertes que existen, sólo que se trata de un lazo afectivo que el otro sufre, sofocado. He ahí la primera condición. A continuación, es necesario que haya entre mí mismo y el gendarme inconsciente (no se trata del hombre en la fuente de su libertad) un enfrentamiento: debo atacarlo, darle el golpe de gracia. En términos negativos esto quiere decir que nunca puedo entrar en su juego, retomar su tarea, usar su vocabulario, aprovechar su dinamismo; que no puedo despertar ningún sentimiento de culpabilidad, ninguna angustia, ni blandir ningún castigo ni mucho menos prodigar “buenas palabras” que adormecen. Mientras ocupe el lugar del gendarme, esto no sirve de nada. Y luego, finalmente, es necesario torcerle el cuello. ¿Qué quiere decir esto? Imposible describirlo; hay que experimentarlo. Creo que ahí se da un momento de muchísima importancia ligado a la vida que llevo en mí y en la que debo creer. Es la afirmación y la liberación de todo lo que se oculta de vida positiva en el corazón mismo del escrupulo, en el corazón mismo del mal. El mal es un bien deformado. Cuando la deformación es enderezada, el mal desaparece y la vida puede brotar de nuevo. La posibilidad de asestar este golpe de gracia nos es dada solamente por la fuerza divina; es la obra de la palabra de Dios, del Espíritu de Dios, de la misericordia de Dios.

Esto nos hace llegar al auténtico *penthos*. Nada es tan liberador, tan constructivo como el verdadero arrepentimiento que nada tiene de común con los sentimientos de culpabilidad despertados por el gendarme interior: es el verdadero arrepentimiento acogido en el amor y la gratitud con toda nuestra debilidad y todo nuestro pecado. Inclusive las lágrimas de arrepentimiento son lágrimas de renacimiento y de pleno nacimiento. Puedo existir en el amor de Dios con mi debilidad y es en esa debilidad que la fuerza de Dios se manifiesta. Dominado el gendarme interior –y esto no se alcanza en un instante o en una conversación sino en toda una

vida– el director espiritual, o mejor aún, el Espíritu Santo toma los mandos. Estamos en la fuente de la verdadera conciencia cristiana. “Todos los que son guiados por el espíritu de Dios son hijos de Dios” (Rm 8,14).

### ***El Dios reflejo de mi imagen***

El segundo ídolo es mi imagen reflejada como en un espejo, el Dios creado a mi imagen y semejanza. No soy yo quien está hecho a imagen y semejanza de Dios sino que sucede a la inversa, y creo una imagen idealizada de mí mismo. El profesor Vergote ha vuelto a tomar este tema de Lacan. Este ha introducido la noción de la imagen en la psicología moderna y la ha descrito detalladamente remontándose a las primeras experiencias del niño que percibe su imagen en un espejo y que entra en contacto con su propia imagen reflejada.

Es el problema de Narciso que se enamora de su propia imagen, más bella que la realidad. Esta imagen puede devenir un ídolo, y así sucede a menudo. Es un ideal espiritual y humano colocado a gran altura: querría llegar a ser eso que no soy y me niego a ser el hombre real que soy. En todo lo que hago o dejo de hacer deslizo una mirada al sesgo hacia la imagen reflejada de mí mismo, de la que, inconscientemente, he hecho mi Dios.

Pienso aquí en el apotegma de Antonio: “Mientras sepa que rezo, no rezo todavía”. Mientras lance una mirada al espejo, no rezo aún. Orar es ser aprehendido por una fuerza exterior; es no estar adherido a la propia imagen reflejada.

Lo dicho vale para todos los aspectos de la vida espiritual. He ahí otra dificultad de la dirección espiritual y un gran riesgo que se corre. El guía espiritual puede favorecer la influencia de la imagen reflejada, aplaudir si el otro ha tenido éxito, censurar si ha sido menor el éxito, inspirarse en todas sus observaciones en esa imagen reflejada inconsciente que el otro le ha transmitido antes de que el mismo guía hubiera podido darse cuenta. El director ha recibido esa imagen a nivel inconsciente. Ahora bien, Dios obra justamente a la inversa. Al gendarme interior Dios intentará torcerle el cuello, y lo mismo sucede con la imagen reflejada, ya que es el Espíritu Santo quien debe tomar la iniciativa. Dios hará todo lo necesario para hacer trizas el espejo. El director espiritual también ha de tender a esto y debe permanecer en guardia hasta que Pablo caiga del caballo: es el momento crucial en que el espejo judaico se rompe.

El discípulo debe aprender a reconciliarse no con un ideal sino con su realidad; es decir, con sus límites, sus debilidades, sus ambigüedades, sus dualidades, su pecado. Debe aprender a coincidir no con su imagen reflejada sino con la realidad concreta que él encarna.

Para quien ha pasado cierto tiempo viviendo en referencia a su imagen reflejada, el momento en que ésta se rompe y se anonada, señala una crisis muy grave. Quizá podría decirse que en ese instante se roza la eventualidad de la locura. El director espiritual llega a un punto en el que está muy cerca de esa posibilidad, donde se roza el punto más débil de la estructura psicológica y el límite puede ser superado en el caso en que el *ego* sea más o menos fácil de desintegrar. En la mayoría de los casos esto no sucede pero el peligro, a decir verdad, no puede ser conjurado más que por la revelación del Dios misericordioso y salvador en el bienhechor encuentro con Él.

El guía espiritual favorece este encuentro y es signo, canal, sacramento de ese encuentro. La imagen reflejada, el ídolo, termina cayendo a pedazos y se abre la vía para el Otro, para aquel que espera afuera; finalmente, para el verdadero Dios. El secreto más profundo de ese hombre, que no se halla en su imagen reflejada, está oculto en alguna parte y se revela en ese Otro. En el momento en que esta revelación se produzca, la primera persona que se encuentre será probablemente el padre espiritual. También es extremadamente importante que el discípulo pueda mirarse en el espejo de este otro, referirse a su palabra, a su mirada, a su amor, no para diluirse en él sino para ser asumido por él en lo que tiene de más profundo, de mejor, en su

verdadera identidad.

Una sola palabra basta en ese instante de crisis. Ya he insistido sobre la calidad de la relación. Una sola palabra dicha con amor y con el tono justo puede alcanzar el fin. Sí; una simple palabra humana puede ser creadora, portadora de vida como lo es la Palabra de Dios: ella despierta un hombre nuevo.

### **El verdadero Dios para un hombre libre**

La expresión “si realmente busca a Dios” (*si revera Deum quaerit*, RB 58,7) podría transformarse en esta: “si busca al verdadero Dios” (*si verum Deum quaerit*). El director espiritual debe examinar no solamente si el novicio busca verdaderamente a Dios, sino si busca al verdadero Dios, si no va en busca de un falso Dios, de un Dios que lleva en sí mismo pero que es un ídolo. El verdadero Dios, al ser encontrado, crea al hombre libre. El mismo director espiritual debe poder encontrar a Dios y tener el sentido de la verdadera libertad.

La libertad es el reflejo de Dios en el hombre. El director debe poder discernir lo que pasa realmente en el otro, poner en marcha esa facultad que los antiguos llamaban *diacrisis*. Ella le permitirá percibir en qué medida ese hombre está aún encadenado en la esclavitud y corre el riesgo de encerrarse para siempre sobre sí mismo a despecho de las apariencias de piedad y de virtud, y le mostrará por dónde se abre la vía hacia la verdadera libertad. El guía espiritual ha de estar muy atento respecto al gendarme interior y al espejo invisible.

El verdadero Dios no es el de la razón convencida ni el de la voluntad generosa. Como lo ha dicho tan bien Ruysbroeck, es el Dios que viene a nosotros “del interior hacia el exterior”, o el “Dios sensible al corazón” de Pascal. Es el Dios que se manifiesta a partir de la interioridad, el Dios cuya verdad se experimenta.

### **El hombre alienado y las fuerzas vitales**

Es necesario prestar atención a los síntomas del hombre alienado ya que a menudo los encontramos en los jóvenes... y también en los menos jóvenes. De manera muy esquemática diremos que el hombre alienado es aquel que vive bajo el signo de la división interior. En él existe un cisma. Parece que se trata de un tipo de hombre que encontramos a menudo en la sociedad actual. Es el hombre para quien cuentan, ante todo, en las relaciones sociales, la inteligencia, la voluntad, la firmeza, la generosidad (o sea una cierta bondad vuelta hacia el exterior) y todas esas cualidades son a veces –y muy injustamente– identificadas con la fe o con el sentido de lo sobrenatural.

Esos hombres colocan en último término –exagero un poco por afán de ser claro– aniquilan o reducen a silencio mediante un severo control las fuerzas vitales, aquellas que expresan la vida y deben transmitirla. Sobre estas fuerzas pesan graves sospechas que jamás son libremente expresadas y que sería, por otra parte, imposible poner en claro.

Esas fuerzas vitales se llaman: la ternura y el amor (a menudo confundido con la sensualidad), la fuerza (confundida con la falta de dulzura), el sentido de lo bello (confundido con la búsqueda del lujo), la conciencia de sí y la confianza en sí mismo (confundidas con el orgullo).

Son valores humanos muy profundos y necesidades humanas fundamentales que deben abrirse al Reino de Dios y a la acción del Espíritu, o sea, prestarse a ser purificados, transformados, transfigurados, aun cuando sea por una disponibilidad inicial y todavía imperfecta. Esos valores no son para guardarlos bajo llave; ahora bien, habitualmente, no son accesibles, no se dejan reconocer en lo que son, con la fuerza positiva que revelan y la posibilidad que tienen de

desplegarse más ampliamente bajo el dinamismo del Espíritu Santo y del amor de Dios.

Esta es la imagen de la división interior que encontramos a menudo. Ella constituye para todo hombre una carga pesada que reclama un enorme desperdicio de energía. El hombre se esfuerza por mantener esos valores como telón de fondo pero a la vez desperdicia inútilmente su potencial de energía. Si el *ego* y la estructura psicológica son muy frágiles, esta situación puede llegar a ser peligrosa, pero felizmente en la mayoría de los casos, ese punto no es alcanzado. El hombre se preserva forjándose una humanidad disminuida que, en gran medida, lo cierra al amor puesto que ella se clausura sobre otro objeto.

El hombre tiende entonces a encerrarse en un rol paralelo que le garantice contra las exigencias del amor. Podemos destacar los síntomas de esos roles paralelos que no coinciden con la verdad profunda del amor. Es cualquier forma de fanatismo, sea de extrema derecha o de extrema izquierda, muy progresista o muy conservador, muy “monástico” o muy secularizado. Son, en realidad, otras tantas formas equivalentes del espejo o del gendarme.

También a menudo la enfermedad o la fatiga crónica son índice de una vida marcada por fuertes tensiones. Además, hay que mencionar esas tareas que nos creamos a nuestro gusto sin que ellas vengan impuestas por la vida común, o las tareas impuestas por la vida común que se ejecutan de una manera característica, siempre apresurada. Todos conocemos esos monjes que tienen más que hacer que el Papa en persona, que siempre están sobrecargados de trabajo, extenuados desde la mañana a la noche. Toda forma de activismo es un síntoma de tensión interior, así como la incapacidad de detenerse, de tomar un descanso, de irse a dormir a la hora...

Veo también desde este ángulo todas las formas de ritualismo donde se puede encerrar la existencia. A mi criterio, un maestro de novicios o un guía espiritual no debe temer tomar en cuenta los menores detalles, buscar, por ejemplo, qué pasa cuando alguien pretende que sea “deber” limpiarse los dientes tres veces por día... ¿Qué significa esto?

La “sabiduría popular” de los monjes y de las monjas percibe, a menudo cosas muy profundas. Así, afirma de tal monje: “Si se le quita tal tarea, ¡será su muerte!” Y es verdad... pero, ¿qué significa esto? O también se dirá de un enfermo: “Si no se cura nunca, morirá de eso”. ¿Cuál es la significación de semejante enfermedad? Ella le permite a ese hombre sobrevivir sobre una base extremadamente estrecha. La lengua francesa tiene expresiones muy fuertes: “*Un dragon de vertu... un bourreau de travail... se tuer au travail*”<sup>6</sup>.

Suele suceder también que se califique a alguien como “regla viviente”. En algunos casos esto puede sugerir una realidad positiva pero a menudo habría que preguntarse si, más allá de la “regla” hay algo viviente en ese hombre. ¿Esto no significa quizás que, para todo el resto, está totalmente muerto? Visto exteriormente, semejante estilo de vida puede parecer válido. Para tales personas la vida se ha vuelto soportable, incluso a veces son elogiadas o citadas como ejemplo, pero la verdadera vida está sofocada en ellas y alrededor de ellas. Con el riesgo de exagerar, me atrevería a decir que exhalan olor de muerte. Llevan la tristeza en el fondo de sí mismas y no son profundamente felices, ni nunca están verdaderamente contentas. Cuando uno escarba con la uña el barniz de su perfección virtuosa, se repliegan sobre sí mismas. Ahora bien, ¿no es esto lo que debe poder hacer de vez en cuando el guía espiritual?

En el nivel relacional, no están abiertas a los otros; raramente les acontece realizar un acto gratuito. Son los héroes o las víctimas del deber, pero no transmiten vida y, desde luego no podrían transmitirla ya que tienen en sí mismas muy poco de “vida” verdadera. Ellas no viven sino dificultosamente, invirtiendo todas sus energías. Pareciera que, en un determinado momento, solamente la muerte puede liberarlas.

---

<sup>6</sup> En castellano diríamos: “un santazo... un burro de trabajo... se mata trabajando” (N. del T.).

## Los valores paternos y maternos

La dirección espiritual pone en juego valores paternos y maternos puesto que está regida por la iniciativa englobante de Dios que es, a la vez, padre y madre. Los dos tipos de valores son necesarios para permitir a la imagen del Dios padre como a la del Dios madre, manifestarse en la persona del guía espiritual. Creo que le es útil a éste conocerse en este aspecto y saber adonde se sitúan sus dones personales. Cada uno, efectivamente, tiene sus propios dones en ese campo. También importa ser consciente de los propios límites, saber hasta qué punto uno tiene necesidad de la suplencia de otro en el grupo, en el diálogo o en la comunidad. ¿Dónde están mis mejores posibilidades? ¿Soy más bien padre o más bien madre? ¿Puedo intervenir más fácilmente en este nivel o en el otro? Estimo que cada uno de nosotros tiene su don particular, sin que del mismo seamos plenamente conscientes, sólo que ese don es, a la vez, nuestra debilidad. En la medida en que nuestra calidad paterna o materna está acentuada, corremos el riesgo de ofrecer un desarrollo unilateral al carecer del valor complementario. Por supuesto esto dependerá, en gran parte, del hecho de que somos varón o mujer, pero no habría que exagerar la importancia de este hecho, pues como ya lo he dicho, el varón puede presentar las virtualidades “femeninas”, naturales o adquiridas. No es raro en nuestro medio y no constituye necesariamente un peligro; a menudo en cambio es una posibilidad que se debe explotar. Del mismo modo en las mujeres, parece que es menester tener en cuenta la posibilidad de virtualidades “masculinas”.

Mucho depende, además, de la demanda inconsciente que existe en el otro, en el hijo o la hija espiritual. ¿Cuál es esa demanda? ¿Qué solicita de nosotros? ¿Nuestra cualidad masculina o nuestra cualidad femenina? Es importante saberlo y reaccionar con justeza. Si alguno, conscientemente o no, solicita el polo materno, esto no quiere decir que sea menester responder con el ciento por ciento. Puede ocurrir que no sea capaz de enfrentar la persona del padre, de entrar en relación con él, y en este caso, nuestra intervención debe tender a volver aceptable al padre. En un proceso normal de educación, de transmisión de vida, los dos aspectos son indispensables.

Trataré de expresar esto de una manera muy esquemática, simplista si se quiere, para ser más claro. La actitud materna asume al otro en el amor, sabe escuchar, comprender, no se impone, es paciente, deja al otro ser lo que es, consuela, da coraje, reanima. Todo esto es, ciertamente, necesario; pero no basta. El niño se adormece sobre el hombro de la madre; uno puede adormecerse espiritualmente si otra palabra no sobreviene.

La actitud paterna es otra: es un valor complementario. Las dos en efecto son necesarias para que un joven o una joven devengan adultos. El padre obra, salva los obstáculos; libera, muestra el camino, indica el deber, da palmadas, prescribe una conducta, castiga, abre al porvenir, asigna una tarea, enseña un oficio, expresa un nombre. Sí; el padre es quien da el nombre en el sentido más fuerte de esta expresión puesto que él transmite la identidad profunda. Uno no se adormece sobre el hombro del padre; uno se mide con él. A un padre se lo encara, se lo imita, uno trata de colocarse en su lugar y hacerlo mejor que él. A cierta edad esta tendencia de superar al padre es indispensable, y esto es verdad también en la vida monástica.

Me pregunto algunas veces si es posible que una sola persona, el director o el padre espiritual, pueda encarnar este doble “sacramento”. Creo que no es posible dar a esta cuestión una respuesta ideal y que se trata de un quehacer de casos concretos. En ciertas circunstancias, he sentido de modo muy fuerte la necesidad de una “relación triangular” que implica la presencia de un tercero, eventualmente de una mujer. Si el director se identifica de manera muy neta con uno de los roles, o si el discípulo solicita demasiado exclusivamente un solo aspecto de su personalidad, es necesario, a veces, que entre en juego un tercero. Si alguien está muy tentado de ser materno y se ata a los otros seres de una manera negativa, es necesario que ahí, al alcance de la mano, esté un padre. Creo que nuestras comunidades monásticas ofrecen

fácilmente esa posibilidad. Al lado del maestro de novicios está a menudo el confesor y aun el mismo abad. Yo mismo, al lado de mi maestro de novicios, veo en ciertos casos la necesidad de intervenir brevemente a fin de volver más fecunda la relación entre el maestro y el discípulo.

### *Un ritmo en la relación*

Esta relación obedece también a un cierto ritmo; hay un ritmo de crecimiento que debe seguir el director, adaptándose a las demandas concretas que plantea el discípulo. Las mismas no son siempre claras, no siempre es cómodo descifrarlas, interpretarlas. A menudo, es, en primer lugar, una necesidad de ser escuchado, de expresarse, de hacerse acoger poco a poco. Se trata de crear una relación impregnada de calor, de confianza, pero esta relación no produce fruto más que si, en otro momento, el director –sin cambiar no obstante de rol– deja aflorar en sí mismo otro aspecto, que evoca más el lado paternal. Debe ser capaz no solamente de escuchar, de prestar atención, de testimoniar afecto, de aceptar al otro tal cual es, sino también de poner entre él y el discípulo una distancia creadora de libertad, de suscitar un amor marcado de distancia o una distancia llena de amor. Esa distancia abre el espacio mediante el cual el otro puede acceder al estado adulto. Pero aquí no podemos dejarnos condicionar por las reacciones concretas del sujeto. En el momento en que intentamos establecer la distancia, se queja, languidece, presenta síntomas de depresión ya que busca recuperar la atención de su director, cuando se trata de un momento de vital interés para él, en que se le da la ocasión de volar con sus propias alas y de adoptar elecciones libres. La relación subsiste, el amor subsiste y en ningún momento el discípulo debe sentirse rechazado, inexistente: esto sería la muerte para él. El lazo permanece pero se ha vuelto mucho más profundo. El discípulo es remitido a su responsabilidad personal y en este momento se le abre el acceso a la vida adulta.

Así como es posible realizar de una manera errónea el rol maternal, también es posible falsear el rol paternal. Si la madre ha faltado, a veces es imposible descubrir, percibir, testimoniar el amor. Se crea una especie de insensibilidad radical que también se manifiesta en la vida de oración. Esos sujetos son incapaces de descubrir a Dios como calor o como consuelo. Pero también se da el caso de los seres que tienen una experiencia maternal demasiado fuerte, que han recibido mucha atención y mucho amor pero en los que el padre ha estado demasiado ausente. Estos corren el riesgo permanente de quedar sofocados bajo la ternura que les testimoniamos. En realidad, son seres débiles: buscan a la madre pero esto será su perdición. Por eso, necesitan de esa distancia que he señalado; les hace falta una nítida imagen paternal para quedar liberados de esa madre inconsciente que los atormenta. Por otra parte, si un amor mal situado puede sofocar, una imagen maternal demasiado fuerte puede también paralizar: existen esas madres que obran como padres, las madrastras... En estos casos, igualmente, la liberación vendrá de una fuerte personalidad paternal.

Actualmente puede ser más frecuente la ausencia de la persona paternal en el inconsciente de los sujetos que se nos presentan. Dicha ausencia se traduce, frecuentemente, por una carencia de identidad: “¿Quién soy, entonces?”. La incertidumbre sobre lo que se es, lo que es necesario hacer, sobre la vocación, acarrea a menudo falta de confianza en las posibilidades personales, por ejemplo delante de una tarea que hay que realizar. Falta una columna vertebral, una estabilidad, una línea de vida.

También a veces la influencia paternal se ha exagerado hasta el punto de convertirse en algo abrumador, paralizante. En esos casos la autoridad es la que frecuentemente trae problema y provoca entonces viva agresividad.

Finalmente, está el caso del padre débil que “ha echado a perder” al niño, según la expresión popular. Se dice también de una fruta que está echada a perder porque ha recibido demasiado sol. Ahí falta fuerza, una cierta rudeza, una capacidad de resistencia.

Uno puede entonces hacerse la pregunta: ¿En qué medida la dirección espiritual puede poner remedio a estas situaciones? Me declaro incapaz de aportar una respuesta total pero es cierto que no podemos eludir la cuestión puesto que nos encontramos con seres marcados de esa manera. La solución no consiste en decir: “Ellos no tienen más que asumir esto sobrenaturalmente, en la fe”. Lo sobrenatural –según la óptica que he subrayado desde el comienzo– pasa siempre por lo natural, o bordeándolo sino que lo atraviesa. Da a lo natural un sentido nuevo, lo orienta en una nueva dirección pero siempre pasa por las estructuras psicológicas.

¿Podemos, debemos obrar en esos campos? Creo que, de todas maneras, nosotros obramos sin saberlo frente a ese tipo de dificultad. En la medida en que somos capaces de abandonarnos a la acción liberadora de Dios que utiliza al padre espiritual como un sacramento de su amor, en la medida en que estamos disponibles y abiertos en esa tarea, la dirección espiritual conoce acontecimientos que son re-creaciones y sin que ahí haya ninguna huida a un falso sobrenaturalismo. El otro renace de ese amor que nosotros intentamos testimoniarle en el nombre de Dios y de Cristo.

*Sainte-Marie du Mont des Cats  
Francia*